

DAVID HOROWITZ, *Anatomie unserer Zeit. Kapitalismus und Sozialismus im Schmelztiegel* (Anatomía de nuestro tiempo. Capitalismo y socialismo en el crisol), Viena, Europa Verlag, 1964. 158 pp.

Uno de los aspectos más impresionantes de nuestro tiempo es la rivalidad y la simultánea cooperación mutua, sujeta al "equilibrio del terror" de los dos grandes bloques mundiales. Hay rivalidad, cuando se trata de competir en la producción *per cápita*, cuando se trata de establecer un ejemplo socioeconómico para los países del tercer mundo; hay cooperación mutua en el marco de una coexistencia constructiva, cuando está en peligro la paz mundial y con esto la gran obra de edificación, que han realizado ambos sistemas, aunque bajo diferentes condiciones. De esta manera, no es tanto el antagonismo entre oriente y occidente el que determina el concepto actual del mundo, sino que lo es el antagonismo entre los países ricos y los países pobres, o sea el existente entre las "ciudades del mundo" y las "zonas rurales del mundo" (Asia, Africa y Latinoamérica), como lo formuló el Ministro de defensa chino, Lin Piao, en septiembre de 1965.

El propósito de David Horowitz es el de lograr una evaluación de los actuales problemas políticos y socioeconómicos del mundo a la luz del acercamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética y de la situación problemática en los países subdesarrollados. Horowitz es un especialista bien reconocido en el mundo financiero; ha escrito varios libros sobre asuntos económicos, sobre todo con respecto a Israel. Fue jefe de la delegación israelita a la Conferencia de comercio mundial en Ginebra en 1964, donde presentó su plan para el financiamiento de los países subdesarrollados, según el cual los países industrializados deben proporcionar 1 o 1,5 por ciento de su ingreso nacional bruto para la ayuda al desarrollo; y los países subdesarrollados deben aumentar su tasa de ahorro para inversiones hasta un 10 por ciento de su producto nacional bruto, lo cual, en conjunto, permitiría contar con una suma de aproximadamente 30.000 millones de dólares anualmente para inversiones.

Horowitz opina que las diferencias entre los dos grandes sistemas económicos mundiales van disminuyendo cada vez más debido a la penetración de principios capitalistas (como el de la ganancia) en los sistemas socialistas y de la tendencia al dominio y manejo público y semipúblico de la economía en los países capitalistas, la cual está ligada con la edificación del estado de bienestar colectivo. El desarrollo económico y social en los

países capitalistas desmintió tres precondiciones de la doctrina marxista: la teoría de la depauperización de las masas, la teoría de la inevitabilidad de la expansión de los países capitalistas y la teoría de la periodicidad de las crisis del sistema económico capitalista. Por otra parte la evolución en los países socialistas, ha demostrado que una planificación socioeconómica no está ligada forzosamente a una restricción de las libertades personales. La sociedad de bienestar colectivo, al que tienden ambos sistemas, administrada por tecnócratas, implica, sin embargo, una disminución de la intensidad del humanismo racional en virtud de la manipulación de la opinión pública y de la sicología de las masas, que se sirven de conceptos místicos e historicísticos, para unificar la sociedad.

Sin embargo, al contrario de la convergencia que ocurre en la evolución de los dos sistemas mundiales, la contradicción entre los países industrializados y los países subdesarrollados aumenta cada día. Tanto dentro de estos últimos países como entre ellos y los países industrializados la teoría de la pauperización no perdió su validez. Tampoco sucedió esto con la doctrina de Malthus en lo que se refiere a los países subdesarrollados. Las dificultades que deben salvarse para resolver el problema de los países subdesarrollados son, según el autor, la expansión demográfica, la inestabilidad o la disminución de los precios de las materias primas y el encarecimiento de los bienes de inversión. El nivel de vida puede ser mejorado solamente bajo tres condiciones: que existan recursos naturales abundantes, que se eleve el nivel de educación y que haya capital para la explotación de estos recursos. El logro del último prerrequisito se enfrenta con dificultades especiales: la formación de capital por medio de una renuncia forzosa al consumo (como bajo las condiciones existentes cuando empezó el capitalismo, en Rusia después de la revolución y actualmente en China) debe ser repudiada. Queda entonces solamente la alternativa de una exportación de capital a los países subdesarrollados y precisamente en cantidades enormes, para facilitar el "take-off". Eso, sin embargo, es bastante problemático, pues por una parte muchos países industriales sufren ellos mismos de una gran escasez de capital y en la medida en que lo tienen prefieren invertirlo en países ya industrializados, donde encuentran un mercado de consumo, obreros calificados, industrias secundarias y posibilidades técnicas. Y, por otra parte, la importación de capital conduce a una dependencia económica y política. Esto último, sin embargo, puede evitarse considerablemente mediante financiamiento por organizaciones internacionales en for-

ma de subsidios, y bien entendido, no en forma de empréstitos con base comercial.

El mayor mérito del libro de Horowitz consiste en la actualidad de los problemas abordados, en la aptitud del autor para presentar estos problemas sin ningún prejuicio, de una manera no dogmática, y, no obstante la complejidad del tema, en una forma muy clara y generalmente entendible. Ciertamente, el libro no es para el especialista familiarizado con el tema que ya ha sido objeto de investigación por destacados científicos. Sin embargo, justamente por su carácter no altamente especializado, es ideal para el profano interesado. Sin atomizar los problemas, David Horowitz logró presentar una anatomía integral de nuestro tiempo.

ROBERT K. FURTAK,

*de la Universidad de Heidelberg*

ARVID BRODERSEN, *The Soviet Worker. Labor and Government in Soviet Society*. New York, Randon House, 1966. 278 pp.

Han pasado casi cincuenta años desde que se inició la revolución bolchevique de octubre. Durante todo ese tiempo, la estructura social de Rusia (desde 1928 la Unión Soviética) ha experimentado cambios decisivos. En el curso de la industrialización, la cual comenzó en 1928, la proporción de los obreros, de la cifra total de la población económicamente activa, ascendió del 15% en 1928 al 44% en 1955. En vista de esta transformación se imponen los interrogantes relativos al origen social y a la estratificación de los obreros, así como los que se refieren al ambiente de trabajo, al salario, a la actitud frente al trabajo, a los hábitos de vida y los referentes a la relación social de los obreros, en nombre de quienes y para cuya salvación, un puñado de intelectuales hizo estallar la primera revolución basada en el pensamiento marxista. Mas sobre todo, cuán interesante resulta la respuesta a la pregunta de cuál es el peso político de los obreros en un régimen que se calificó a sí mismo como una dictadura del proletariado y en la actualidad, desde 1961, se autodefine como "Estado de todo el pueblo", bajo la dirección de un "partido de todo el pueblo". Pero en virtud de la escasez de estudios sociales empíricos en la Unión Soviética, debida a la ideología; en vista también de las pocas posibilidades de información y de la disimulación de la realidad